

Keir Starmer, al desnudo: ni carisma, ni política

Los votantes británicos ya sabían que el líder laborista no sabe dominar el escenario; se han dado cuenta de que tampoco sabe llevar la sala de máquinas





Añadir EL PAÍS en Google

Los argumentos para optar por Keir Starmer nunca fueron idealistas. Eran pragmáticos.

Nadie dijo nunca que fuera un modelo de carisma. [En el mejor de los casos, parecía un abogado del norte de Londres](#) y, en el peor, el director de una sucursal de banco de una capital de provincias. Tampoco era un gran narrador. Evitaba los relatos grandilocuentes y la retórica pomposa.

Durante un tiempo, no pareció mala cosa. Gran Bretaña estaba ya un poco cansada de líderes carismáticos con discursos grandilocuentes. [Los seguidores incondicionales de Boris Johnson](#) lo consideraban tan atractivo que pensaban que no tenía por qué someterse a las reglas habituales de la vida política. Se les caía la baba con cada palabra que decía y les divertía su forma de expresarse, caótica y desordenada. Tenía grandes ideas sobre el futuro del Reino Unido fuera de la UE: instaurar sus propias reglas, trazar un rumbo propio, iniciar un futuro glorioso.

Ese relato acabó siendo pura ficción y especulación. El Brexit empobreció, aisló y dio inestabilidad estructural a Reino Unido. Nos convertimos en una especie de Italia, con cambios de primer ministro cada dos años, pero además con mal tiempo. Entre ellos estuvo Liz Truss, una ultraderechista semianalfabeta que ahora se ha convertido en una conspiranoica de MAGA totalmente enloquecida. Truss dijo que sería capaz de iniciar una nueva era de trascendencia nacional si introducía cambios de tipo liberal en el sistema fiscal. Ocurrió todo lo contrario: [desencadenó una catástrofe financiera](#) y fue la primera ministra más efímera de la historia del país.

Por eso parecía que Starmer era el hombre adecuado y había llegado en el momento oportuno. No era nada carismático, no. No tenía ningún relato que presentar. Pero los británicos estaban hartos de carisma y desconfiaban de los relatos. Querían un gobierno serio, sensato y maduro. Querían gente competente y resultados tangibles. Alguien responsable y con principios, que mejorara los servicios sanitarios y los transportes y no causara demasiados problemas en general.

A la hora de la verdad, no consiguieron ninguna de las dos cosas. Starmer se las arregló para aunar la falta de carisma con una falta total de labor política seria. Daba la impresión de que no quería o no sabía gobernar y se negaba a tomar el tipo de decisiones cotidianas que permiten que las administraciones funcionen.

Tuvo una participación muy activa en las frívolas y vacías disputas internas que son tan frecuentes en Westminster. Acompañado de su jefe de gabinete, Morgan McSweeney, [declaró la guerra a sus enemigos dentro del Partido Laborista](#), primero con ataques contra el ala izquierda del partido, luego contra el ala izquierda moderada y después contra los más centristas, hasta que no le quedaron más aliados que un puñado de excéntricos pertenecientes al ala derecha de la formación.

En cambio, en el día a día de la gestión de gobierno, brilló por su ausencia. En la actualidad hay un debate entre el Ministerio de Defensa, que exige más dinero para las Fuerzas Armadas, y el Ministerio de Hacienda, que intenta evitar grandes compromisos de gasto. Este es el tipo de problema que debe resolver un primer ministro, apoyando a un ministerio frente al otro. Pero Starmer se mantiene al margen y confía en que lo resuelvan entre ellos. Es una ausencia, cuando debería ser un líder; un montón de ropa sin un cuerpo que le dé vida.

Esta dinámica se repite en todas las carteras ministeriales. [En su carta de dimisión enviada el martes](#), la subsecretaria de Protección de las mujeres y los niños, Jess Phillips, aseguraba que había instado al primer ministro a tomar medidas contra los abusos sexuales infantiles en internet, pero que él llevaba meses resistiéndose a actuar. “La decencia es fundamental y la curiosidad serena es necesaria”, escribió; “pero también hacen falta ganas de luchar y determinación”.

En realidad, a Starmer no le interesan las decisiones políticas. No le gusta tener que decidir entre dos bandos opuestos y es incapaz de emprender las medidas necesarias si estas van a tener un coste político. Es decir, ha demostrado que carece casi por completo de cualidades políticas. No sabe ni dominar el escenario ni trabajar en la sala de máquinas.

Esta semana se ha quedado prácticamente solo. Antes de las elecciones locales del día 7, había intentado mantener una coalición electoral a base de

combinar una política económica de izquierdas [con una política de inmigración de derechas](#). Con ello no se granjeó amigos, sino muchos enemigos. La política de inmigración, en particular, alejó a los votantes jóvenes, cosmopolitas y con estudios universitarios que constituyen gran parte de la base del Partido Laborista, pero no consiguió atraer a ninguno de los votantes mayores con estudios secundarios que se inclinan por la extrema derecha.

[Los resultados fueron desoladores para el Partido Laborista](#). Sufrió una hemorragia de votos que fueron a parar a los partidos más a su izquierda, con la consecuencia de que el voto progresista se fragmentó y Reform UK, de extrema derecha, se coló por las grietas. Los laboristas tuvieron casi los peores resultados de su historia.

El golpe fue muy doloroso para los diputados laboristas, porque dejó muy claro que el partido perderá el poder en 2029, la fecha prevista para las próximas elecciones generales, si no sustituyen antes a Starmer.

El lunes, en un intento desesperado de salvarse, [Starmer pronunció un discurso](#). Era la última oportunidad para convencer a la gente de que poseía una visión para el país y las cualidades necesarias para hacerla realidad. Se quitó la chaqueta y la corbata, se arremangó, se acercó al atril y habló con toda la pasión que pudo.

No hubo nada. Fue una actuación vacía, un guion compuesto por páginas en blanco. Nunca tuvo carisma ni habilidad para contar historias, así que no pudo desplegarlos. Pero lo peor de todo fue que no había ningún programa político del que presumir. No había ningún plan que mejorara el país, porque nunca había puesto en práctica ninguno. No había ninguna visión de futuro, porque nunca se había planteado ninguna.

Las escasas ideas que expresó carecían de interés y no enardecieron a nadie. No se atrevió a arriesgarse a tomar ninguna decisión, así que acabó haciendo promesas modestas y confusas.

Sabe que la única política que une a las dos alas del Partido Laborista es la fe en la Unión Europea y por eso habló con entusiasmo de volver a colocar a Gran Bretaña “en el corazón de Europa”. ¿Qué quería decir? La verdad es que muy poco. Starmer es demasiado precavido para plantearse en serio el

regreso a la UE o incluso el mercado único, porque eso implicaría la vuelta a la libre circulación, cosa que indigna a la derecha. Ni siquiera se plantearía incorporarse a la unión aduanera, porque entonces el Reino Unido perdería la capacidad de firmar acuerdos comerciales por su cuenta.

Así que, en realidad, se limitó a ser una ausencia. Ni siquiera hubo un vago compromiso, sino algo todavía menor: la promesa de que algún día, en el futuro, quizá propondría una política más concreta que, por el momento, no podía describir. Si rasamos la superficie de su anuncio sobre Europa, nos encontramos con que no se mencionó ninguna medida política. Nada más que palabras bonitas, sin ningún significado.

Había comparecido con la intención de contraatacar, pero lo único que hizo fue confirmar las peores sospechas de la gente.

Horas después, ese mismo día, se multiplicó el número de diputados que exigían su dimisión. [A la mañana siguiente, empezaron a dimitir miembros del Gobierno](#). Ya no cabía duda, por si había cabido antes, de que nunca sería capaz de ejercer un liderazgo adecuado.

Los votantes nunca previeron que fuera un modelo de carisma. Esperaban que fuera un líder serio y competente. Al final, no han tenido ninguna de las dos cosas.

Ian Dunt es periodista y escritor. Su último libro publicado es *How Westminster Works... And Why It Doesn't* (Weidenfeld & Nicolson, 2023).

Traducción de **María Luisa Rodríguez Tapia**.